

Un infinito particular

Autor (pseudónimo): Gilda Trotamundos

Cuando pienso en un viaje increíble, me vienen a la mente una infinidad de paisajes, lugares y experiencias personales que me desbordan. Como persona viajera y trotamundos he pasado por lugares verdaderamente memorables y pensar en la mayoría de ellos y en las experiencias que me han aportado me hace realmente feliz. Pero, al proponerme pensar no en viajes sino EN EL GRAN VIAJE solo se me ocurre una posibilidad.

No sé muy bien si llamarlo viaje sería quedarse corto para lo que voy a contar. Algo me dice que sí porque en realidad es un relato más allá del espacio-tiempo. Más bien me refiero a una situación de experiencia continua que comienza en el año 2018 – cuando llego con mi familia, dispuesta a conocer, vivir y entregarme a un nuevo lugar y a un nuevo modo de vida – y que nunca se separa de quién soy, de lo que deseo y de lo que vivo a diario.

Se trata de una gran ciudad, Madrid, que es a la vez caótica y placentera, cosmopolita y provinciana, acogedora y dura, y llena de todas las infinitas paradojas que conviven en su seno en un conflicto coeso.

Esta ciudad esconde un secreto... un oasis en medio las piedras y el ritmo frenético de la metrópoli. Un barrio-pueblo, rodeado de verde, con su pequeño río que pasa bajo los bucólicos puentes del Rey y de la Reina, sus restaurantes y cafés con sus terrazas, sus pequeños comercios locales y la presencia constante de Goya, que ocupa con los restos de su cuerpo y con su pintura la Ermita del Pueblo (quiero decir, del barrio...), que parece sacada de un escenario cinematográfico o de cuentos.

En este barrio viven personas que han elegido un ritmo de vida tranquilo; una comunidad de vecinos que se conocen y se saludan en los constantes encuentros por las plazas, parques y terrazas del barrio, así como por las calles en el trayecto diario para llevar a los niños al colegio, que está situado justo entre la Ermita de Goya y el parque que lleva el nombre La Bombilla, donde todos los días los pequeños, al salir de su jornada escolar, se divierten trepando a los árboles, corriendo por su inmenso césped o lanzándose por la tirolina. A los fines de semana, también es lugar de encuentros, picnics y lecturas al aire libre. En verano, este parque ofrece a todos los vecinos, así como a la gente de toda ciudad, su cine al aire libre con una variada programación y un ambiente que anima la localidad.

Todos los que llegan a descubrir el barrio, ya sea por turismo, visitando a alguien que conocen, o incluso visitando alguno de los rincones tradicionales de la ciudad que allí se encuentran, como la misma Ermita de Goya, el inmenso parque de la Casa de Campo, con su maravilloso lago o el

restaurante Casa Mingo, no pueden evitar sentir una pizca de ganas de vivir allí; en un entorno de tranquilidad y belleza que rara vez se ve en una capital europea.

Además de todo eso, una de las situaciones que particularmente me encanta ver y vivir en el barrio es la llegada de la primavera, cuando las margaritas empiezan a florecer por todo el césped de La Bombilla, las glicinas comienzan a colgar de la pérgola que traza el camino entre el parque y la avenida principal, los almendros florecen cerca del puente del rey, las hojas de las higueras del huerto de la Casa de Campo comienzan a brotar, los mirlos inician su canto lleno de encanto y amor, preparándose para el apareamiento, y finalmente las amapolas, con toda su delicada y fuerte belleza, rompen la tierra seca de los bordes que recorren las rejas que bordean el río Manzanares. Es el momento del renacimiento, de la vida que palpita y llama a nuestra puerta. Es el momento de sentir la alegría de un sol que empieza a prepararse para el verano y llena las almas de una calidez que cura, libera y atenúa las posibles e inevitables tristezas de la vida.

Y es en cada primavera cuando renuevo mis votos de cariño, apego y de una relación inquebrantable no solo con esta ciudad que amo, sino, sobre todo, con este barrio que es por encima de todo mi lugar sagrado en el mundo, un oasis de tranquilidad y belleza que transforma la forma que uno tiene de ver y vivir la vida y que aporta una paz constante y acogedora a los corazones más atentos y lúcidos que allí habitan.

Es por todo lo que os cuento y por líneas que ya no caben en un tan breve relato, que os digo y os confirmo que el viaje más increíble de mi vida sigue ocurriendo a diario, al vivir la experiencia cotidiana, esa experiencia que no se aparta ni un solo instante de la intensidad del vivir atentamente cada detalle de este mi idílico e infinito oasis particular.